



Para citaciones: Redondo de Oro, K., & Redondo Bermúdez, C. (2022). Evaluación en la educación médica, una propuesta optimista. *Revista Ciencias Biomédicas*, 11(1), 100-102. <https://doi.org/10.32997/rcb-2022-3931>

Editor: Inés Benedetti. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2022. Redondo de Oro, K., & Redondo Bermúdez, C. Este es una editorial de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando el original, el autor y la fuente sean acreditados.



Evaluación en la educación médica, una propuesta optimista

La evaluación educativa ha sido un tema complejo de analizar a lo largo de los años, sin embargo, las diversas estrategias han ido creciendo con el tiempo, constituyéndose en uno de los problemas que más preocupa a los docentes de nuestros días, dado por la dificultad de lograr medios idóneos para llegar a una justa y válida evaluación del aprendizaje. Lo que si se tiene claro es que el concepto implica múltiples factores, no solo establecer hasta qué punto los educandos alcanzan metas educativas preestablecidas, sino también la calidad de los programas, la actitud y aptitud docente al igual que su desempeño, los insumos y estrategias metodológicas utilizadas e incluso el mismo contenido curricular.

En medicina, este proceso es aún más complejo, teniendo que cuenta que es una ciencia extensa y de constante cambio, cuya enseñanza y aprendizaje se constituye en un reto tanto para los formadores como para los estudiantes. En el campo educativo, el alumno está obligado a adquirir, además de un volumen impresionante de información, las habilidades y valores establecidos para el ejercicio de la medicina, y los atributos esenciales de la buena instrucción universitaria, como son interés continuo en la superación académica y en el aprendizaje independiente, adaptabilidad para el cambio, habilidad para pensar de manera crítica, para educar, y para comunicarse claramente. Todo ello con sentido humanista y social. Si se consideran esos objetivos educacionales, el médico debe ser educado y evaluado como clínico, como científico, como humanista, y como docente.

Pensemos entonces, si la evaluación ha sido pensada para que al centrarse en el alumno sea utilizada como instrumento de mejora de la calidad educativa, ¿Por qué los docentes siguen utilizando los métodos tradicionales? Pudiese ser por: desconocimiento de estrategias y técnicas de evaluación alternativas, dificultad para cuantificar el resultado obtenido de manera cualitativa o tendencia a evaluar solo contenidos conceptuales.

Venimos teniendo un concepto errado de enseñanza, creyendo que solo es posible medirse con pruebas cuantitativas racionales, que se debe modificar o cambiar la conducta del alumno, tratando al estudiante como un receptor pasivo que acepta y acumula información, mas no como la posibilidad de incidir sobre su forma de razonar, su pensamiento, sus sentimientos y actitudes. Estos métodos exigen que el profesor traslade el conocimiento a respuestas medibles, precisas e inequívocas.

Con el transcurso del tiempo hemos venido notando los cambios evolutivos de las generaciones, las cuales van creciendo en un mundo con diversas necesidades, ofertas o situaciones de todo tipo, que disponen de otros

recursos, insumos y limitaciones. Esto nos obliga entonces a la necesidad constante de renovarnos frente a cada situación histórica, ya que está bien establecido que no siempre existe una respuesta única frente a una pregunta evaluativa, como tampoco un método o modelo, ni una sola verdad; sino que se encuentran múltiples y diversas respuestas ante los cuestionamientos evaluativos.

Hoy el aprendizaje y la evaluación toman en consideración el desarrollo del propio estudiante, es decir, sus expectativas, forma de aprendizaje, ritmo, motivación, preferencias, necesidades y proyección futura. No se trata de diseñar un modelo para cada uno, el reto de la evaluación se constituye en que el profesor debe basar el proceso en las teorías que propugnan un aprendizaje significativo y respetuoso de la peculiaridad individual y cultural del alumnado. Por tanto, la evaluación debe permitir al docente: saber cuáles fueron los objetivos alcanzados y en qué medida se dio el logro, tener un análisis de las causas que pudieron haber ocasionado deficiencias en las metas propuestas y tomar decisiones, evitar incurrir en los mismos errores en experiencias posteriores, reforzar oportunamente las áreas de estudio en las que el aprendizaje haya sido insuficiente y juzgar la viabilidad de los programas a la luz de las circunstancias y condiciones reales de operación.

En nuestro caso, ser docentes de educación médica impone un conocimiento profesional diverso para ejercer funciones de docencia, investigación, extensión o proyección social. Por tanto, se debe reconocer el papel del profesor como gestor y crítico del conocimiento de su disciplina o profesión; así mismo, por su efectividad en procesos administrativos y sus competencias como educador.

Al pretender realizar un instrumento de evaluación debemos tener en cuenta responder los siguientes interrogantes: ¿A quiénes se va a evaluar? ¿Para qué se les va a evaluar? ¿Cómo se les va a evaluar? ¿Qué métodos vamos a utilizar, qué instrumentos? ¿Con qué nivel? nivel de excelencia, nivel de mínimos, todos estos son elementos importantes a tener en cuenta, ¿Quién evalúa? ¿Va a ser una evaluación externa o interna?

Con esto queremos decir que la tarea del maestro universitario consiste en pensar su práctica creativa, didáctica y evaluativa en el proceso unitario de Enseñanza-Educación, traduciéndose que es importante que el docente universitario además de conocer lo referente a su carrera profesional, domine los métodos evaluativos. Un Programa de Evaluación debe considerar los siguientes elementos clave: fiabilidad, validez, impacto educativo, aceptabilidad y recursos.

Para concluir, los procedimientos educativos ideales no deben ser acontecimientos que tengan lugar al final del aprendizaje (al concluir la clase, la unidad, el semestre o el año académico) sino que deben representar una parte integral del aprendizaje. Su objetivo no debe basarse en agrupar por

categorías a los estudiantes, o a las cantidades de conocimientos sino fundamentarse en cómo desarrollar conceptos comunes para la comunidad educativa acerca de cómo y cuándo ocurre el aprendizaje. Tales procedimientos han de ser lo suficientemente sensibles como para detectar las representaciones mentales que los alumnos tienen de las ideas importantes.

Katherine Redondo De Oro

MD, Patóloga, Máster en Educación

Docente

Facultad de Medicina Universidad de Cartagena

Facultad de Medicina Universidad del Sinú

Cesar Redondo Bermúdez

MD, Patólogo

Docente

Facultad de Medicina Universidad de Cartagena

REFERENCIAS

Manzur, F., Quintana, L., Cardales, M. (2020). La pandemia: virtualidad en la educación. *Revista Ciencias Biomédicas*, 9(2), 147-150